



# ANNE HOLT

Lo que esconden las  
nubes oscuras

rocabolsillo | criminal

# Lo que esconden las nubes oscuras

Anne Holt

Traducción de Bente Teigen Gundersen  
y Mariano González



**roca bolsillo**

# LO QUE ESCONDEN LAS NUBES OSCURAS

Anne Holt

Una lluviosa tarde de viernes en julio de 2011 aparece muerto en su casa de Oslo Sander Mohr, el hijo de ocho años de una familia acomodada de la ciudad. Los padres, inconsolables, hablan con la psicóloga penal Inger Johanne Vik que determina que la muerte se debió a un trágico accidente doméstico. Tan solo Henrik Holme, un joven agente de la policía que apenas hace seis semanas que se ha graduado, sospecha del padre. Sin experiencia, pero con gran fuerza de voluntad y apoyándose en su instinto, se las arregla para convencer a Vik para que lo apoye en su línea de investigación. A la sombra de los atentados terroristas que asolaron el país el mismo día que Sander murió, poco a poco se irán desentrañando los secretos más sucios de la familia Mohr. La búsqueda de la verdad sobre la muerte del niño se convertirá en una confrontación brutal con los prejuicios, la vergüenza, las mentiras, los fallos del sistema y la degradación humana.

*Lo que esconden las nubes oscuras* es el quinto y último volumen de la serie protagonizada por Inger Johanne Vik e Yngvar Stubø que es un éxito internacional de crítica y ventas.

## ACERCA DE LA AUTORA

**Anne Holt** (1958, Larvik, Noruega) es una de las escritoras de novela policíaca más apreciadas y de mayor éxito en Escandinavia, con ventas que superan los cuatro millones de ejemplares. Periodista, abogada, apoderada de la policía y ministra de Justicia de Noruega, Holt debutó como escritora en 1993 con la obra *La diosa ciega*. En 1994 ganó el Premio Riverton, el más prestigioso de novela policíaca noruega, y en ese mismo país en 1995 el Premio de los Libreros. Asimismo es autora de *Crepúsculo en Oslo*, *Una mañana de mayo* y *Bienaventurados los sedientos*, títulos publicados en esta misma colección. Actualmente, Holt vive en Oslo con su esposa e hija.

## ACERCA DE LA OBRA

«Anne Holt es la escritora que revela lo realmente oscura que puede llegar a ser Escandinavia.»

VAL McDERMID

«Anne Holt es la respuesta escandinava a Val McDermid; sus novelas son oscuras e inquietantes.»

EVENING STANDARD

«Una mezcla de Stieg Larsson, Jeffery Deaver y Agatha Christie... La lectura más escalofriante del invierno.»

DAILY MIRROR

«Buen ritmo, original y convincente. Holt escribe con la maestría que ya se espera de los maestros escandinavos más reconocidos.»

THE TIMES

## Capítulo 1

**E**l niño, que parecía dormido, estaba tumbado sobre el regazo de su madre. Sin embargo, era demasiado grande para ella: un corpulento chaval de ocho años, rubio, acostado sobre los flacos muslos de su madre, quien abrazaba su cintura con las manos y sostenía su cabeza para que no se cayera.

—No —dijo la madre de un modo casi inaudible—.  
No. No. No.

El ojo izquierdo del niño quedaba oculto tras la hinchazón y la sangre coagulada.

—No —repitió la madre.

Con lentitud elevó la cabeza hacia el techo e inspiró profundamente.

—¡¡¡No!!!

El grito llenó la habitación tan de repente que el padre dio un paso hacia atrás. Se echó ambas manos a la cabeza en un gesto paródico que reforzó volviéndose hacia la pared y golpeó la cabeza rítmicamente contra el empapelado de color claro.

—Debería haber tenido más cuidado —gimió.

*Pumba, pumba, pumba...*

—Es culpa mía. Todo es culpa mía. Hay que tener cuidado. Siempre hay que tener cuidado.

*Pumba, pumba, pumba...*

—¡No! —gritó la madre una vez más.

El hombre se volvió de nuevo hacia ella.

La baba manaba de sus labios. Sin percatarse de ello, la sangre corría de una de sus fosas nasales. Dejó caer los brazos. Su figura entera se encogió dentro del traje de verano color gris claro. Era como si se estuviera marchitando a la vez que dejaba fluir la sangre hasta desaparecer en la corbata roja.

La madre inclinó la cabeza sobre el contuso rostro de su hijo y trató de colocar su brazo izquierdo a un lado del cuerpo. No lo consiguió. Al parecer, el brazo se había roto a la altura del codo.

Sobre el suelo se veía una zapatilla deportiva.

La otra aún colgaba del pie del niño, balanceándose sobre los dedos. La zapatilla era azul y estaba sucia; caería al suelo en cualquier momento.

«De la talla 37 o por ahí», pensó Inger Johanne Vik.

Ocho años y pies grandes. El calcetín estaba desgastado por el talón y la parte delantera.

—No —murmuraba la madre una y otra vez.

«¿Qué ha pasado?», quiso preguntar Inger Johanne; estaba en la entrada de la puerta intentando comprender lo que veía.

Pero no le salía la voz.

Acumuló saliva en la boca y, tras dar un chasquido, se la tragó. Sintió una vaga vibración bajo sus pies. Era una sacudida, como procedente de un lejano terremoto. Fue solo un momento y luego se hizo el silencio.

Ni la madre emitía ya sonido alguno.

—¿Qué ha pasado? —pudo decir Inger Johanne al fin.

—No tuve cuidado —respondió el padre, y levantó lánguidamente una mano que apuntó a la escalera de tijera que había en mitad del espacioso salón.

—No tuviste cuidado —repitió la madre de modo mecánico señalando el pelo ensangrentado del niño.

—Estáis seguros de que ha...

Inger Johanne intentó dar un paso hacia el sofá.

—¡No lo toques! —gritó la madre desesperadamente—. ¡¡¡No toques a mi hijo!!!

—Estamos seguros —dijo el hombre.

—Entonces creo... —comenzó Inger Johanne.

No tenía que creer nada. En absoluto. Solo observar: una escalera de tijera colocada bajo un techo desnudo. No colgaba lámpara alguna, ningún gancho, nada que hubiera que corregir o reparar: una escalera desplegable alta, fuera de lugar en un salón amplio, elegante y ordenado, donde, en un extremo, había una mesa preparada para una fiesta. Había flores por doquier: flores silvestres y rosas del jardín colocadas en idénticos jarrones de cristal distribuidos en pequeños ramos tupidos entre los cubiertos de la mesa. Al otro lado de los panorámicos ventanales, el cielo estaba cubierto de nubes bajas y monótonas. Allá abajo, en pleno centro, Inger Johanne pudo divisar una columna de humo ascendente que se tornaba, más allá, de un color gris, hacia el fiordo.

Un salón decorado para una fiesta.

Se fijó en una linterna azul que había junto a uno de los pies de la escalera desplegable. Era una linterna grande de color azul marino con Rayo McQueen pintado en un lateral. También vio algunas ceras de colores desgastadas, sucias y apiladas.

Un niño muerto.

La linterna estaba encendida.

Sin saber muy bien por qué, Inger Johanne echó una mirada fugaz al reloj. Eran las 15.28 horas del viernes 22 de julio de 2011.

—Debo llamar a la policía —dijo con calma.

—La policía —susurró la mujer con voz ronca—. ¿Qué puede hacer la policía por mi hijo?

—Bueno, algo habrá que hacer —murmuró Inger Johanne con poca convicción—. Creo que es lo mejor.

La verdad era que no sabía qué más podía hacer.

A través de la puerta abierta de la terraza oyó unas sirenas a lo lejos.

Eran muchas sirenas. Y parecían estar por todas partes.

Era la cuarta vez que lo intentaba. Inger Johanne era incapaz de entender por qué el 112 no contaba con personal suficiente para atender las llamadas un tranquilo viernes en plenas vacaciones del mes de julio.

—Teléfono de emergencias de la policía. ¿De qué se trata?

Por fin.

—Hola. Mi nombre es Inger Johanne Vik.

Se produjo un momento de vacilación.

—¿De qué se trata? —dijo ásperamente la mujer al otro lado del teléfono.

—Una muerte. Un niño de ocho años que...

—¿En la zona de los ministerios? ¿Dónde?

La mujer al otro lado del teléfono parecía inquieta.

—¿Puede ver a los equipos de rescate en los alrededores? —gritó.

—No. ¿La zona de los ministerios? ¡Estoy en Grefsen! En casa de unos... Estoy en casa de unos amigos que...

—¿En Grefsen?

—Sí.

—¿Dónde?

—Viven en la calle Glad.

—¿En la calle del Profesor Dahl?

—¡No, eso no está en Grefsen!

Inger Johanne había bajado al recibidor principal para llamar. Ahora se arrepentía. Los padres no debían quedarse a solas con su hijo. No deberían estar solos en absoluto. Lentamente, como si hubiera hecho algo que

no debía, subió de puntillas las escaleras en dirección al salón y bajó la voz.

—Dije la calle Glad. ¡G-L-A-D! La calle Glad, en Grefsen. Un niño ha... Hay un niño muerto aquí. Parece un accidente, pero...

La línea se cortó.

—¿Oiga? —dijo Inger Johanne.

Nadie respondió.

Durante los días siguientes, Inger Johanne se sorprendió a menudo por haber aguantado estar en aquel lugar. Varias veces tuvo que dejar en el salón al matrimonio, con el niño muerto. Las náuseas que se apoderaban de ella la obligaban a salir continuamente al baño de invitados, al que se accedía desde el recibidor. La primera vez tuvo que meterse dos dedos hasta donde la lengua deviene áspera y dura. Después arrojaba bilis agria y restos de un apresurado almuerzo cada vez que se inclinaba sobre el inodoro. Era imposible hacer desaparecer el sabor a ácido, y el baño ya no olía a jazmines.

La pareja, que acababa de perder a su único hijo, estaba sentada en el sofá. El niño seguía en el regazo de su madre. El padre pudo rodear con su brazo los hombros de su esposa, pero cada vez que levantaba la mano que tenía libre para tocar al niño, la madre gritaba de nuevo:

—¡No!

Inger Johanne les era indiferente. No hablaban con ella y ya no contestaban a sus preguntas. Cuando regresó tras la primera visita al baño, el hombre había puesto las cosas en orden. La escalera desplegable había desaparecido. El suelo estaba limpio de sangre. No se veía por ninguna parte la linterna con la imagen de Rayo McQueen. Tampoco las ceras de colores.

Inger Johanne estuvo a punto de echarse a llorar



cuando volvió a insistirles en que todo debía mantenerse intacto hasta que llegara la policía. El hombre no contestó. Ni la miró. No hacía otra cosa que permanecer rígidamente sentado al lado de su esposa y observar al niño.

De todos modos era tarde.

El salón estaba ordenado y limpio, como si de verdad fueran a recibir dentro de unas horas a los invitados para celebrar una fiesta.

Si no fuera por el niño muerto...

—No —murmuró la madre de modo casi inaudible.

Eran las cuatro y diez. Inger Johanne seguía sin poder ponerse en contacto con la policía.

—Yngvar —murmuró, y marcó su número.

Después de seis tonos saltó el contestador.

—Llama —susurró—. Tienes que llamarme. Ahora mismo. ¡Ahora mismo!

Le costó recordar el número de teléfono de su casa. Ya apenas se utilizaba el teléfono fijo. Al fin consiguió que sus dedos marcaran los números correctos.

Después de sonar diez veces sin que nadie contestara, colgó.

El iPhone que había en la repisa de la chimenea rechinó de repente con un sonido muy alto. Ninguno de los dos pareció reaccionar desde el sofá.

—¿Es tuyo? —preguntó Inger Johanne mientras intentaba captar la mirada de la mujer.

—No —murmuró la madre observando el cabello del niño.

—Ellen —dijo Inger Johanne caminando hacia la chimenea—, ¿puedo cogerlo?

Sin esperar una respuesta, que de todos modos nunca iba a llegar, cogió el iPhone y colocó el dedo pulgar en la pantalla.

—¿Diga?

—Hola, Ellen.

Una voz de mujer prosiguió entre jadeos:

—Soy Marianne. Quería preguntarte si no es mejor cancelar la fiesta ahora que...

—No soy Ellen. Soy Inger Johanne.

—¿Inger Johanne? Me he equivocado de... ¡Pensaba que debíamos llegar a las siete!

—Sí. Bueno. Estoy aquí para... Iba a ayudar un poquito, y entonces...

—Entonces pasó esto tan terrible. Y pensé...

Inger Johanne apretó los dedos índice y pulgar contra el puente de la nariz.

—Sí —dijo en voz baja dando la espalda a los dos del sofá—. Es horrible. Totalmente espantoso. Pero ¿cómo puedes saber...?

—Mi hermana está casada con un musulmán —repuso Marianne al otro lado del teléfono—. Dos hijos. ¡Dos hijos morenos! ¿Qué va a pasar con este país?

Su voz se quebró.

—Musulmán —repitió Inger Johanne débilmente—. No entiendo muy bien qué...

Marianne tragó de modo bastante audible antes de carraspear y a continuación dijo en voz alta:

—Pues no puedo ir. Supongo que lo correcto será cancelar todo el asunto. ¿Se lo puedes decir a Ellen? Seguramente la gente no estará de humor para recordar la época del colegio cuando suceden cosas como estas en Noruega, en Oslo...

—Está claro que no habrá ninguna cena, pero ¿qué...?

—En nuestra ciudad, Inger Johanne. ¡En nuestra ciudad!

—Marianne...

—¿Has visto las imágenes? ¿En la tele? ¡Debe de haber cientos de muertos! Y mi hermana, que...

—Marianne —dijo Inger Johanne, esta vez con voz más firme—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué dices de la tele? ¿Qué ha pasado?

—¿Es que no lo sabes?

—No.

—¿No sabes que alguien ha volado medio centro? ¡Una bomba gigante, Inger Johanne! Dicen que son terroristas, terroristas musulmanes, y lo que ahora...

Inger Johanne ya no la escuchaba. No oía nada.

Estaba de espaldas a la chimenea, con la mirada puesta en el sofá. Luego dirigió sus ojos hacia la ventana. Más allá de los rosales del jardín empapados por la lluvia y de los descuidados barrios que separaban Grefsen del centro, hacia el interior del fiordo de color gris plomizo, allá abajo, un poco al este de las romas torres del ayuntamiento, la columna de humo había crecido.

—¿Sabes quiénes iban a venir esta noche? —preguntó lentamente Inger Johanne.

—Sí, fui yo quien organizó la lista de invitados. Todas las chicas del 3-B, excepto...

—Llámalas y cancela.

—¿Ellen no puede...?

—Por favor.

—Pero mi hermana...

—Llama, Marianne, y cancela. Por favor. ¿Puedo confiar en que lo harás?

La línea crepitaba. Inger Johanne insistió:

—Por favor, Marianne.

—Vale. De acuerdo.

—Fuiste tú quien no tuviste cuidado —dijo Ellen entre sollozos desde el otro extremo del salón.

Se cortó la línea.

—Ellen —llamó Inger Johanne con toda la calma de que era capaz y acercándose unos pasos hacia el macabro cuadro del sofá—. No creo que tenga sentido alguno...

Un portazo la interrumpió y le dio un buen susto. Al estridente sonido que emitieron los cristales rotos de su propio teléfono cuando impactó contra el suelo le siguieron unos pasos raudos procedentes del recibidor y una voz que se aproximaba al salón, canturreando.

—Hola —dijo alegremente un hombre a la vez que abría los brazos—. ¿Estás listo, Jon? Vuestro timbre no funciona, que lo sepáis.

El hombre apenas tendría unos treinta años. Deslizó una mano a través de su largo y espeso cabello, más aclarado por el sol del verano de lo que hubiera permitido el tiempo de las últimas semanas. Una camiseta ajustada de color azul resaltaba el bronceado de su piel. Seguía sonriendo ampliamente y observó a Inger Johanne con un interés que decreció con rapidez al dar un par de pasos hacia el sofá.

—Hola, Tarzán —dijo sonriente al chico—. Vamos...

Se detuvo de inmediato.

—¿Qué coño...?

—No —murmuró Ellen.

—¿Qué coño...? —dijo el hombre jadeando—. ¡Jon! Jon, joder, ¿qué le pasa a Sander?

—Sander ha muerto —dijo Inger Johanne—. Llevo mucho rato intentando dar con la policía, pero ellos...

—¿Muerto? ¿Qué quieres decir...? ¡No me jodas! ¡Jon! ¡Contéstame, anda! ¿Qué os pasa? ¿Qué pasa con...?

—No —susurró Ellen.

—No tuve cuidado —repetía Jon monótonamente.

—La policía —dijo Inger Johanne en voz alta mientras recogía el teléfono roto—. Debemos dar con la policía, pero, claro, están muy ocupados con esta... explosión en el centro.

—¿Explosión? —repitió el hombre—. ¿Qué explosión? ¿Qué le ha sucedido a Sander y qué...?

Adelantó un pie para dar un paso hacia el sofá, pero cambió de opinión y se puso rígido.

Inger Johanne inspiró profundamente.

—Hemos de dar con la policía —insistió—. Pero al parecer ha habido un... acontecimiento mayor en el centro. Por eso están ocupados con eso. Sugiero que tú...

Miró fijamente al hombre joven.

—Joachim —dijo con voz ronca—. Me llamo Joachim. Jon, Sander y yo íbamos a... Quiero decir, Ellen iba a organizar una fiesta, y nosotros...

No pudo continuar. Inger Johanne observó que sus ojos azules se llenaban de lágrimas y que era incapaz de apartar la vista del niño muerto.

—Quédate aquí —ordenó ella—. No toques nada. No toques a... Sander. Bajaré a la cocina y llamaré a todos los policías que se me ocurran. Cojo tu teléfono, Ellen.

La madre del niño no contestó.

—¡Quedaos aquí! —ordenó Inger Johanne a todos con voz cortante, como si se dirigiera a una manada de perros testarudos—. Quedaos aquí y no toquéis nada.

Con el teléfono roto en una mano y el iPhone de Ellen en la otra se dirigió a la puerta. Un débil olor a loción para después del afeitado le acarició la nariz cuando pasó junto a Joachim. Olía a caro, y llevaba sobre los hombros un fino jersey de cachemira atado en un nudo.

Habían pasado cincuenta y cinco minutos desde que Inger había llegado.

Y a lo lejos, en dirección al sur, las sirenas aullaban sin cesar.

El uniforme de policía era demasiado grande para un tipo tan flaco. Su rubio cabello era espeso y parecía

recién cortado; su rostro, terso, con labios de un rojo infantil. Su nuez daba brincos hacia arriba y hacia abajo a un ritmo que, en otras circunstancias, hubiese hecho reír a Inger Johanne. Las negras charreteras con una única estrella dorada delataban que era un agente de baja graduación. Supuso que acababa de salir de la academia de policía. No era exactamente lo que esperaba, pero eso era mejor que nada.

O quizá no.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó mirando a Inger Johanne mientras el dedo índice de su mano izquierda hurgaba dos veces la nariz antes de volver a adoptar más o menos la postura de firmes.

—No lo sé. Cuando llegué, a eso de las cuatro y cuarto, el niño ya estaba muerto.

—Ya.

El joven agente clavó sus ojos en Joachim, que se encontraba apoyado junto a la chimenea con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Yo llegué aún más tarde —dijo él, atónito—. No sé nada.

—No, ¿eh? —repuso el agente de policía tragando saliva.

Se hizo el silencio. Hacía un buen rato que Joachim había cerrado la puerta de la terraza y ya no era posible oír las sirenas de la ciudad. Solo los sollozos monótonos de Ellen entre algún que otro «no» rompieron un silencio tan agobiante que Inger Johanne sentía cómo el sudor rezumaba entre sus omóplatos. El policía la miraba fijamente, como si esperara que ella tomara la palabra, se pusiera al mando y lo arreglara todo. Inger Johanne se sentía muy incómoda.

—El niño —sugirió en voz baja mientras le miraba—. Se llama Sander. Deberán practicarle una autopsia. Por seguir el protocolo.

Intentó aparentar una seguridad que no sentía.

—Sí —asintió—. Tenemos que localizar una ambulancia.

—Me parece que todas están ocupadas.

—Sí, claro... La explosión.

Asintió y miró fijamente al niño, que seguía sobre el regazo de su madre.

Su nuez daba brincos sin cesar.

—Yo le puedo llevar —dijo Joachim vacilante—. Es en el hospital general, ¿verdad?

—Bueno —dijo el policía dudoso mientras se rasaba la nuca con su alargado dedo índice.

—Grefsen pertenece a Ullevål, ¿no? Creo que quizá...

Lo que creyera jamás quedó claro del todo.

En ese momento, otro hombre entró en el salón.

—He llamado a la puerta —anunció el recién llegado—. Como nadie respondió, entré directamente. ¡Soy Kalle Hovet!

Ofreció su mano al joven agente, que la cogió con vacilación.

—Soy el fiscal Kalle Hovet —explicó brevemente—. Mi compañera Silje Sørensen me llamó para pedirme que viniera hasta aquí. Vivo en Kjelsås, justo aquí al lado. Alguien la llamó por teléfono. Supongo que fuiste tú.

Miró a Inger Johanne, que asintió. Al no poder dar con nadie más, y dado que Yngvar seguía sin dar señales de vida, había llamado a la persona de la policía de Oslo que conocía mejor. Resultó que Silje estaba de vacaciones en las Bahamas y no sabía nada de lo que había pasado en el centro de Oslo. Pese a todo, era evidente que había realizado unas cuantas llamadas.

—Nuestros agentes están, como comprenderéis... —dijo, y su enorme mano hizo un movimiento fugaz hacia el ventanal—, ocupados. Muy ocupados.

—¿Qué ha pasado allá abajo? —preguntó Inger Johanne en voz baja.

—No lo sé muy bien. Aunque, por lo general, no es mi trabajo salir de esta manera, pues...

Volvió a interrumpirse. Sus ojos recorrieron veloces como rayos la habitación y fueron a detenerse en la peculiar familia que estaba sentada en el sofá. Entrecerró los ojos, como si no viera bien.

—¿Una caída? —preguntó.

Los padres no contestaron.

—Sí —asintió Inger Johanne—. Según he entendido, se cayó de la escalera desplegable.

—¿Qué escalera desplegable? —preguntó Kalle Hovet sin apartar la vista del niño.

—La han..., la han quitado.

—¿Quitado?

—Sí —contestó Inger Johanne con una voz apenas audible—. Me temo que el lugar de los hechos no sea del todo... Evidentemente se trata de un accidente. Sander es un niño que...

El hombre robusto y de mediana edad alzó la mano.

—Escucha —le dijo al agente uniformado—. Ninguno de nosotros somos precisamente unos expertos. En esto no. Intentaré que acuda un forense esta misma noche. Mientras tanto quiero que todo el mundo salga de aquí. Tiene que haber una salita de estar o algo así, en esta casa tan grande.

Deslizó la mano sobre su cabeza, donde las entradas eran tan profundas que convergían en una brillante calva.

—Y hay que llevar al niño a un hospital —dijo desalentado—. ¿Cómo vamos a...?

—¡No! —gritó Ellen—. ¡No! ¡¡¡No!!!

Se levantó del sofá, todavía con aquel enorme chaval de ocho años en brazos. Pasó tambaleándose ante la pequeña mesa de cristal del salón, atravesó la alfombra de color claro y pisó el parqué, donde llenó los pulmones de aire y gritó una vez más con estridencia:



—¡No! ¡No toques a mi niño!

Antes de que alguien se decidiera a ayudarla, el cuerpo del crío se deslizó lentamente de los brazos de su madre.

No podía más.

—No —susurró Inger Johanne, pero era demasiado tarde.

—¡Vaya historia! —dijo Kalle Hovet inhalando profundamente el humo del cigarrillo.

—¿La de allí abajo o la de aquí arriba? —preguntó Inger Johanne apartándose del humeante cigarrillo de liar.

El fiscal mantuvo el humo en sus pulmones durante varios segundos antes de espirarlo lentamente por la nariz.

—Ambas, supongo. Aunque estoy un poco desinformado sobre lo que ha ocurrido en el centro. Una bomba, según oí antes de venir aquí. Se habla de un acto terrorista. En el exterior de la sede del diario VG o algo así. A mí tampoco me gusta ese periodicucho, pero ya les vale. Tenía ganas de encender la tele allí dentro, pero supongo que no hubiera sido lo apropiado. ¿Sabes algo más?

Ya eran las siete menos veinte. Estaban en una zona empedrada situada en el ala suroriental del enorme chalé, a algunos metros de la puerta de entrada. El joven agente de policía había dado al fin con una funeraria, a falta de algo mejor. Cuando llegaron dos hombres mayores, de aspecto serio y que parecían ser gemelos, ataviados con trajes oscuros, camisas de un blanco impecable y corbatas estrechas y negras para llevar el cuerpo desfigurado del niño de ocho años Sander Mohr al Hospital General, se habían producido escenas que Inger Johanne intentaba cubrir con el velo del olvido.

Por fin, Ellen entró en el coche, acurrucada sobre su hijo fallecido, que, tras haber caído al suelo, también había perdido dos dientes incisivos. Joachim, que, al parecer era compañero de Jon, algo más joven y, obviamente, amigo de la familia, se había ofrecido a acompañarlos al hospital para llevar a Ellen a casa cuando llegase el momento.

«Si hubiera alguna manera de apartarla del niño...», pensó Inger Johanne. Jon miraba mudo por la ventana de la cocina mientras el policía permanecía al otro lado de la mesa esperando refuerzos. Aquello podía llevar su tiempo...

Inger Johanne tenía la leve e incómoda sensación de no tener completamente el control.

—No —dijo—. No tengo idea de nada. Y ahora puedo irme, ¿no?

—¿Los conoces?

Kalle Hovet asentía con la cabeza mirando a la casa.

—Sí. Ellen y yo fuimos compañeras de liceo.

—Creo que eres lo suficientemente joven para decir instituto.

Inger Johanne no respondió. Algo la atormentaba. Cerró los ojos y pudo recordar cada detalle de la casa con una precisión que abarcaba incluso el diseño de los cubiertos de plata: las ligeras cortinas, cuyo tejido formaba dibujos casi invisibles de hojas de roble; el óleo sobre la chimenea, que tenía una pequeña grieta en el rincón inferior izquierdo, como si se hubiese caído al suelo en alguna ocasión; el dispensador de jabón del baño que acababan de llenar hasta los topes. Inger Johanne había manchado el lavabo al lavarse las manos en él y le volvió la náusea que le producía el denso aroma a flores.

Recordaba incluso el recibidor, esa gran habitación donde la luz entraba a través de ventanas rectangulares y atravesaba el techo en dirección noreste. Y la cocina,

donde se había concentrado en intentar dar con alguna autoridad policial. También era capaz de reconstruirla de memoria.

—¿O qué? —le oyó decir a Kalle Hovet.

Había algo en lo que debería haberse fijado. Algo que se transformaba y se convertía en otra cosa; algo que no tenía nada que ver con la escalera desplegable ni con la pequeña linterna.

—Bueno —dijo abriendo los ojos—. Ellen y yo fuimos compañeras de instituto. En realidad, Jon también, pero a él le conocí más tarde. Pero no somos... —Tenía que pensar en lo que eran o no eran—. En realidad no somos amigos. Ahora no, quiero decir. Nos habremos visto dos o tres veces al año durante mucho tiempo. Quizá ni siquiera eso. Viejos conocidos se dice, ¿no? Vine antes que los demás para ayudar, pero también para..., bueno, de alguna forma, ponernos al día.

—Así son las cosas —dijo Kalle Hovet con una sonrisa—. La vida sigue y se van acumulando las cosas. El matrimonio y los niños, la carrera y ¡zas!

Acompañó la expresión con un gesto de su mano libre y dio otra honda calada al cigarrillo.

—Y de buenas a primeras, si no tienes cuidado, apenas te quedan amigos.

«Si no tienes cuidado», pensó Inger Johanne.

—Eso fue lo que decían todo el rato —dijo.

—¿El qué? —preguntó Kalle Hovet.

—Se reprochaban no haber tenido cuidado con Sander.

El fiscal tiró la colilla al suelo y la pisó con fuerza en la grava que había entre las losas de pizarra.

—Imagino que así son las cosas —contestó—. Cuando sucede algo absurdo nos echamos la culpa los unos a los otros. Supongo que es muy duro cargar uno solo con la responsabilidad. Pero aún es más duro aceptar que, a veces, las cosas simplemente suceden, que la vida no ofrece garantías. Joder.

Esto último lo dijo susurrando. Enderezó el cuerpo y miró fijamente en dirección a la ciudad.

—No puedo imaginarme cómo debe de ser perder a un hijo.

Se volvió hacia ella de repente, atrapando su mirada. Sus ojos eran pardos, con densas y oscuras cejas que se unían sobre la nariz.

—¿Tienes hijos?

—Sí. Dos hijas. Una de diecisiete años, y otra de siete y medio. Se llaman Kristiane y Ragnhild. —Un repentino vuelco en el estómago le hizo resollar brevemente—. Están de vacaciones con su padre. El padre de la mayor, quiero decir. El padre de la menor es otro que... Las niñas están más a gusto juntas. Kristiane no es del todo..., como las demás niñas, y mi exmarido prefiere que las dos...

Apartó el pelo hacia atrás con un gesto nervioso. Por increíble que pareciera, había empezado a hablar con aquel hombre sobre cosas que no eran de su incumbencia. Tenía algo. Algo inusualmente amable, ajado y hasta quizás un poco desmejorado. Le recordó a un actor danés cuyo nombre no recordaba.

Quería irse a casa. Inger Johanne quería irse a su casa de la calle Hauge, quería llamar a sus hijas y, de paso, saber dónde se había metido Yngvar. Le había dicho irritado que aprovecharía la tarde libre, como la llamaba, para montar unas nuevas estanterías en la habitación de Kristiane y ver un DVD que a Inger Johanne no le interesaba lo más mínimo.

Además estaba lo de la explosión.

Marianne seguramente había exagerado bastante, como siempre, pero la columna de humo que se veía allá abajo seguía pareciendo una espiral difusa, un poco inclinada sobre la ciudad. Probablemente se trataba de un accidente.

Gases. Algo así. No podía ser un ataque terrorista,

como había dicho el fiscal. No allí. No en Noruega. Un accidente. No obstante, quizás estaban emitiendo programas especiales por la tele, que interrumpirían el curso de, por lo demás, una existencia plena de tranquilidad estival.

—Ya sabes —dijo mientras se colocaba el bolso sobre el hombro dando a entender que deseaba marcharse.

—¡Ya te digo! —dijo el hombre sonriendo—. Mi mujer y yo tenemos siete hijos entre los dos. Solo uno es en común. Los fines de semana que estamos todos juntos son una locura. Por no mencionar las vacaciones. Me pregunto si la lluvia estropeará todo este jodido verano.

El hombre ladeó la cabeza y echó un vistazo al cielo antes de volver a mirarla con una expresión interrogante, como si quisiera que le diera una respuesta a sus consideraciones meteorológicas.

Inger Johanne pensó que la situación era inapropiada. Charlaban como si, de hecho, se estuviera celebrando allí una fiesta, como si la cena fuera a estar lista en cualquier momento. Ella le había acompañado al jardín por cortesía, para darle la ocasión de fumarse un cigarrillo casi a escondidas.

—Tranquila —dijo él.

Sus ojos parecían más cetrinos que pardos, pensó.

—Los dos estamos alterados. Solo hay una manera de...

Gesticuló con los brazos antes de pasar ambas manos por la coronilla

—Muy jodido —murmuró—. Lo que ha sucedido ahí dentro es muy jodido. Uno cree que puede controlar todo tipo de peligros: instala dispositivos de seguridad infantil, los equipa con cascos, pone asientos de seguridad en el coche... y todo lo habido y por haber. Luego te das la vuelta un par de minutos y... ¿Una escalera

desplegable? Una jodida y estúpida escalera desplegable. Por cierto, ¿hay otros familiares a los que debemos avisar? ¿Alguien que pueda ayudar a Ellen y a Jon? Sus padres, quiero decir, los abuelos del niño...

—El abuelo paterno está muerto —respondió Inger Johanne, pensativa—. La abuela paterna se llama Helga Mohr y, por lo que sé, estaba muy unida al chico. En lo que atañe a los padres de Ellen...

Inger Johanne los recordaba muy bien. Agnes y Torbjørn Krogh habían sido unos padres envidiados por todo el círculo de amistades de Ellen. Su puerta siempre estaba abierta; eran amables y joviales en su justa medida, sin llegar a ser patéticos. Ellen fue una hija única adorada, y el cariño parecía ser recíproco. Pero había ocurrido algo. Algo que Inger Johanne nunca llegó a entender del todo. Cuando Agnes y Torbjørn no asistieron hacía tres años a la tradicional fiesta de verano de la calle Glad, Inger Johanne le preguntó a Ellen si estaban de vacaciones o algo así. Ella no le contestó directamente, se limitó a murmurar que ya no eran bienvenidos allí. Más adelante, tuvo la sensación de que todo aquello tenía que ver con la educación de Sander. Ellen no quiso hablar del tema, e Inger Johanne no se sentía tan vinculada a ella como para seguir hurgando en algo que no le incumbía.

—No creo que los abuelos maternos pinten mucho.

El teléfono del fiscal vibraba casi inaudiblemente en el bolsillo interior de su ligera chaqueta veraniega.

—Es la décima vez en una hora —dijo desesperado—. Por lo menos... Con siete hijos el ajetreo es tremendo. No me pareció buena idea contestar mientras el niño yacía allí y la madre estaba tan...

Sacó torpemente un Nokia y abrió un SMS.

Inger Johanne se volvió hacia la amplia escalera de pizarra que, con sus ocho escalones, daba a la entrada de la calle Glad.

—¡Qué coño...! —le oyó murmurar cuando se disponía a irse—. ¡Qué...!

Cuando volvió a girarse hacia él estaba manifiestamente más pálido. La mano que mantenía el teléfono temblaba mientras leía el mensaje varias veces. O quizá se tratase de varios mensajes. Cuando al final la miró, tenía la boca abierta y una expresión incrédula incapaz de seguir lo que el cerebro intentaba procesar. A Inger Johanne le recordó un corzo al que había atropellado una vez en la oscuridad: unos ojos aterrorizados y desconcertados que, en un destello, reflejaron los faros delanteros del coche antes de impactar contra el animal y matarlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó con cautela dando un paso hacia él.

Kalle Hovet no contestó. Echó a correr. Su hombro casi la tumbó de un golpe cuando pasó por su lado y subió la escalera en tres saltos.

Sin decir nada.

Inger Johanne oyó arrancar un motor y el chirrido de unas ruedas contra el asfalto cuando el coche aceleró por la calle para desaparecer de inmediato.

Quizá la explosión fuera peor de lo que había supuesto.

En vano trató de resucitar el móvil roto. Quiso mirar en Internet de qué se trataba. La pantalla se iluminó tras el cristal roto, pero no había iconos. Volvió a colocar el teléfono en el bolso y con un suspiro dirigió la mirada hacia la ventana de la cocina.

Jon la miraba fijamente. Su rostro parecía plano y amorfo a través de la ventana, como si alguien hubiera intentado borrarlo sin éxito. Solo el grueso reguero de sangre coagulada entre la nariz y el labio superior era inequívocamente nítido. Tras él pudo atisbar al policía alto y flaco, que permanecía inmóvil mientras esperaba a alguien que parecía que no fuera a venir nunca.

Se volvió repentinamente hacia la escalera de pizarra, cuyos lados estaban flanqueados por bajos arbustos de rododendro. Los escalones eran anchos y profundos. En el superior había un coche de bomberos de plástico duro, de unos treinta centímetros de largo. Inger Johanne se detuvo con un pie en cada escalón.

Era *Sulamit*.

Lo recogió.

Por supuesto que no era *Sulamit*. El coche de bomberos que Kristiane había tenido durante toda su infancia y al que, por extraño que parezca, trataba como si fuera un gato sumamente querido, «había muerto» hacía mucho tiempo. Primero le desaparecieron la escalera y las ruedas, y luego todas las piezas sueltas, antes de que el color se difuminara y, al final, desapareciera por completo. Dado que todo lo que quedaba del coche de juguete era una mera pieza de metal gris, la propia Kristiane comprendió que su gatito imaginario carecía de vida. Lo habían enterrado en el arriate de tulipanes que daba a la calle Hauge, bajo una pequeña cruz de madera que rezaba «RIP Sulamit» en unas letras rosas que había que repintar cada primavera.

Aquel coche fue lo más parecido a la posesión más preciada de Kristiane.

Los mismos ojos pintados en el interior de los faros delanteros, la misma escalera plateada y las mismas ruedas negras, brillantes y sobredimensionadas. Con trampillas que se podían abrir a ambos lados, así como con las mangueras y las máscaras antigás que Inger Johanne había olvidado por completo.

—Sander —susurró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Pequeño, gran, extraño Sander.

Con cautela volvió a colocar el coche a un lado de la escalera, medio protegido por las gruesas hojas de color verde oscuro del rododendro. La pintura era grasienta y brillante, y sus risueños ojos parecían mirarla de sos-



layo. Se trataba de un juguete que había sobrevivido a su propietario.

Echó a correr.

Corrió hacia casa sobre sus elevados tacones, ataviada con un paraguas bajo el brazo y un pequeño bolso de fiesta al hombro. No aminoró la velocidad hasta que se sintió agotada y uno de los zapatos le amenazó con causarle una rozadura en el talón. Notó lo tranquilo que estaba todo. No había nadie fuera. Noapestaba a carne quemada procedente de los porches de las casas o de las terrazas con barbacoas colocadas bajo semitechos que les protegían de la lluvia, esa eterna lluvia que pronto terminaría de estropear el verano de 2011. Los niños que había visto en bicicleta o jugando a la pelota cuando iba de camino a la casa de Ellen habían desaparecido. A través de algunas ventanas de los edificios de la calle Betzy Kjelsberg, pudo ver aparatos de televisión que centelleaban inaudiblemente en la húmeda luz nocturna.

Solo el eco sordo de las hélices de un helicóptero lejano que no pudo divisar rompía el extraño silencio que reinaba sobre Oslo. Quizá fueran dos. O tres.

Empezó a correr de nuevo.

Eran casi las cuatro de la madrugada del 23 de julio. La mañana apenas había comenzado a asomar por la ventana, aunque aún quedaba una escasa media hora para que saliera el sol tras la capa de nubes bajas que se extendía sobre la ciudad.

—Mamá —susurró Inger Johanne empujando con suavidad a su madre, que roncaba ligeramente bajo una manta de lana azul en el otro extremo del sofá—. Tienes que despertarte. Hay una rueda de prensa.

*Jack*, el perro de pelo leonado de la familia Stubø y Vik, se levantó del suelo y dio tres trabajosas vueltas

alrededor de sí mismo antes de tumbarse de nuevo emitiendo un suspiro.

—¿Por qué susurras? —balbuceó la madre intentando incorporar su dolorido cuerpo—. No estaba durmiendo. Solo tenía los ojos cerrados. ¿Qué has dicho?

Inger Johanne no contestó. No obstante, cogió el mando a distancia y subió el volumen del televisor antes de poner las piernas sobre el sofá. Su madre colocó una mano seca y caliente sobre la suya.

—¡Qué bien que hayas llamado! —dijo débilmente—. Me alegro mucho, tesoro. Después de todo el horror intenté llamarte al menos diez veces. No sabía que tu teléfono se había roto. Una no debe estar sola en situaciones así. Y encima con todo lo del pequeño Simen.

—Sander. No Simen.

Inger Johanne intentó sonreír.

Al llegar a casa la noche anterior, y tras empezar a comprender lo que había ocurrido en la zona de los ministerios y en la isla de Utøya, había intentado desesperadamente contactar de nuevo con Yngvar. Había dejado una nota casi ilegible en la mesa del comedor, en la que decía que tenía que ir al trabajo por el asunto del ataque terrorista y que no tenía idea de cuándo volvería. En realidad, no entendía cómo un intendente de la brigada criminal de la policía, el cual pasaba la mayor parte del tiempo en el despacho o en la sala de interrogatorios, podía ser de alguna utilidad, a tenor de cómo había transcurrido aquella catastrófica tarde.

Él mismo solía lamentarse de ello, especialmente tras tomar un par de copas de vino. Yngvar Stubø se estaba convirtiendo en una rata de oficina. En tiempos había sido considerado el mejor responsable de interrogatorios del país. A menudo se lamentaba de que, tras volver a dejarse convencer para que aceptara un cargo directivo, gran parte de su alegría profesional desapare-

ciera entre papeleos, exigencias sindicales y presupuestos varios. Inger Johanne había intentado contactar con él tanto por el móvil como por el teléfono fijo del despacho. Asimismo, había llamado a cinco de sus compañeros, pero apenas había logrado ponerse en contacto con alguno de ellos.

Cuando al fin desistió, anunciaron que había diez muertos en la isla de Utøya.

Llamó a Isak, el hombre que hacía una vida había sido su marido y que desde el domingo anterior se encontraba en Sainte-Maxime con Kristiane y Ragnhild disfrutando de unas vacaciones de tres semanas. Por supuesto, él tampoco contestó al teléfono. A Inger Johanne se le pasó por la cabeza la idea de llamar a su hermana, pero aquella ocurrencia desapareció tan pronto como había llegado. No se habían visto desde hacía seis meses, y difícilmente aquella sería la noche apropiada para intentar poner parches a una relación que, de hecho, cojeaba desde la más tierna infancia.

Sin pensar, había marcado el número de su madre, que cogió el teléfono después de sonar tres veces y le dijo con mucha calma que llegaría en cuanto le fuera posible.

A decir verdad, su madre había cambiado tras enviudar una noche de enero de hacía exactamente seis meses. Como era habitual, el padre de Inger Johanne había tomado una copa de más antes de quedarse dormido con pijama de franela y calcetines de lana junto a la que había sido su esposa durante cuarenta y seis años. Nunca volvió a despertar.

Inger Johanne siempre había temido que fuera su madre la que se quedara sola. La idea de cuidar a un padre un poco olvidadizo desalentaba menos que tener a su activa y neurótica madre de visita con mayor frecuencia que antes. Pero algo había sucedido. Ya cuando llegó para comunicar que su padre había fallecido la

mañana que Ragnhild cumplía siete años, era como si su madre fuese otra. Yngvar apuntó aquella misma tarde que era muy comedida y razonable. Inger Johanne contestó que más bien parecía afligida y resignada. Un poco muerta, pensó, como si la simbiosis entre sus padres hubiera sido completamente literal y la mujer, a sus setenta y tres años, tan solo estuviera medio viva.

No pasó.

La tristeza que Inger Johanne sentía por la muerte de su padre se extinguió rápidamente por el asombro ante la transformación de su madre. Tras el funeral, la invitó a que se quedara a vivir con ellos, por cumplir. Una temporada, había dicho, solo hasta que la casa ya no pareciera tan vacía. Su madre rechazó la invitación con rotundidad, hizo la maleta e insistió en volver a casa en su propio coche.

Algo se había apagado en su madre e Inger Johanne se avergonzó en su fuero interno por preferirla así. Transcurrió el invierno y la primavera. Luego llegó el verano y su madre se adentró en un tipo de viudez que Inger Johanne apenas había podido prever. Llamaba con menor frecuencia y jamás aparecía en la calle Hauge sin estar expresamente invitada. Siempre había sido habilidosa, paciente y cariñosa con los niños, y ahora parecía que los trataba a todos como si fueran niños. Había devenido ligeramente condescendiente y lanzaba una leve sonrisa a todo lo que antes le hubiera servido para entrar en inútiles e interminables discusiones. Hasta había dejado de quejarse de cuanto pelechaba *Jack*.

Su madre sacudió ligeramente el termo. El chasquido casi vacío hizo que se levantara para ir a preparar más café.

—¿Qué habrá sido de Yngvar? —preguntó.

—Dios sabrá —contestó su hija, ausente, ocultando su nota debajo de un periódico.

—Pero, dadas las circunstancias, no puedo utilizarlo en su contra. Ya han pillado al maldito terrorista y quizás esté... ¡Chitón!

Su madre rellenó la cafetera de agua y café de filtro, y dio un ligero paso hacia atrás.

El recién nombrado director de la policía apenas se había hecho con un uniforme. Hasta donde sabía Inger Johanne, llevaba en el puesto apenas una semana antes del comienzo de las vacaciones. Su voz era más grave de lo que Inger Johanne recordaba de su etapa como político en los años noventa.

El mensaje era aún más tenebroso.

—Ochenta —susurró su madre tapándose la cara con las manos.

—¡Ochenta! —repitió Inger Johanne dando un grito breve y estridente.

Inger Johanne no podía recordar la última vez que lloró en presencia de otros.

Ni siquiera en el funeral de su padre había sucumbido al nudo en la garganta provocado por la tristeza de pensar en las ocasiones que perdió para reconciliarse con un padre hacia el cual solo había sentido un ligero desprecio durante demasiado tiempo. Ahora todo se había roto. Se apoyó mitad reacia, mitad deseosa, en su madre, quien la abrazó meciéndola cuidadosamente de un lado a otro mientras susurraba absurdas palabritas de consuelo.

—Lloro porque... —sollozó Inger Johanne, pero no pudo continuar.

—Lo sé —dijo su madre sosegadamente—. Lloro.

Pero no sabía nada. No tenía ni idea de que Inger Johanne, justo en ese momento y estupefacta por los acontecimientos de aquella noche, en realidad estaba destrozada por algo que poco tenía que ver con las grotescas atrocidades ocurridas en la zona de los ministerios y en la isla de Utøya.

El número de víctimas de la doble catástrofe era demasiado irreal todavía. Demasiado avanzada la noche, demasiado temprana la mañana, demasiadas fatalidades por asumir.

Inger Johanne se lamentaba de una en concreto.

Lloraba por un niño cuyos padres no habían sido capaces de mantenerlo con vida durante poco más de ocho años. Inger Johanne lloraba por Sander, un chico muy torpe, risueño y enérgico al que acababan de regalar un coche de bomberos que jamás llegó a destrozar.

Título original: *Skyggedød*

© Anne Holt, 2012

Published by agreement with Salomonsson Agency

Primera edición en este formato: enero de 2013

© de la traducción del noruego: Bente Teigen Gundersen y Mariano González

© del diseño de cubierta: Mario Arturo

© de la fotografía de cubierta: Brianna Scott

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.

Av. Marquès de l'Argentera, 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-9918-571-2

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionados con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.